

alta entre los encopetados de Londres, sin que pueda decirse que sea de uno ó de otro partido, y lléveme el diablo si le buscan el cuerpo. Se ha, pues, calificado de calumniosa, como dicen ellos, la acusación de Morris, y á no darse éste buenas mañas, hubiera proplamente mostrado su testuz en la picota, por calumniador.

El honrado Andrés recogió sus bártulos, (pala, azadón y rastriillo,) sin precipitarse en la operación, para darme tiempo á que le dirigiera nuevas preguntas, si lo creía necesario, y echó aquéllos en un carretón, que volvió del lado de la cerca. Trátándose de un malicioso como él, juzgué preferible ir derecho al fin, receloso de que atribuyera mi silencio á motivos peores que los verdaderos.

— Quisiera avistarme con vuestro paisano, Andrés,— le dije — para saber las noticias de labios suyos. La impertinente locura de aquel imbécil de Morris me ha causado serios disgustos! ¿No habéis oído hablar de ellos?

Andrés se contentó respondiendo con un gesto muy significativo.

— Si os fuese posible — continué, — traerme por aquí á vuestro primo, sin causarle mucha estorsión, pediríale que me refiriese en detalle lo que en Londres ha sabido.

— Nada más fácil, — dijo Andrés. — Con decirle á Patrick que deseáis algunos pares de medias, comparecerá á avistarse con vos tan deprisa como se lo permitan las piernas.

— Esto es. Decidle que se trata de un buen parroquiano. El tiempo se ha arreglado, como decíais, y la noche se presenta apacible. Pasearé por el jardín hasta que él acuda. La luna va á levantarse pronto por sobre las montañas. Hacedle entrar por la portezuela trasera. Mientras aguardo, me entretendré en contemplar los macizos y céspedes del jardín á la fría y brillante claridad de la luna.

— ¡ Bien pensado! Es lo que digo yo más de una vez: una coliflor reluce tanto á los rayos de la luna, que se la tomara por una hermosa dama con sus diamantes.

Y hablando así, Andrés se fué muy contento. Cerca de una

legua de camino debía recorrer, y aceptó semejante empeño con el mayor gusto, á fin de procurar á su primo un encargo ventajoso, aunque no aventurara él, de seguro, una pieza de á doce sueldos para obsequiarle con un jarro de cerveza. « La buena voluntad de un inglés se manifestaría á la inversa; » pensé recorriendo las avenidas tapizadas de menudo césped, que limitaban, entre dos setos muy provistos de acebos y tejos, el antiguo jardín de Osbaldistone.

Volviendo sobre mis pasos, elevé naturalmente los ojos hacia la vieja biblioteca, situada en el segundo piso y cuyas ventanas, estrechas y bastante numerosas, tenía cabalmente frente á mí. Vi brillar luz en ellas, lo que no me sorprendió sabiendo que miss Vernon se retiraba, á menudo, á dicha dependencia, después de anochecer. Por delicadeza habíame impuesto yo la dura ley de no reunirme con ella desde la indicada hora. Mientras el resto de la familia estaba sentado á la mesa, durante largo rato, nuestras entrevistas hubieran sido citas en la verdadera acepción de la palabra. Pasábamos, comunmente, las mañanas en aquella estancia leyendo juntos. Uno ú otro de nuestros primos venía á desenterrar algún fragmento de pergamino á fin de hacer con él algún útil para la pesca, sin contemplación á los dibujos iluminados, ó bien á hablarnos de algún proyecto de caza ó de algo parecido, perplejo en su resolución. En una palabra, la biblioteca era, durante la mañana, salón á todos asequible en que ambos sexos se permitían el placer de encontrarse como en terreno neutral.

Por la tarde ya no acontecía lo mismo, y, educado yo en un país en que se profesa (ó se profesaba, al ménos, á la sazón) gran respeto á las conveniencias sociales, deseaba no echarlas en olvido, supuesto que la inexperiencia de miss Vernon impedía tenerlas en cuenta. La hice, por tanto, comprender, con mucho miramiento, la oportunidad de que una tercera persona presenciara nuestros estudios de noche. Por de pronto, rióse la joven, ruborizóse luego y pareció dispuesta á enfadarse. Después, dominándose de súbito, dijo:

— Creo que no os falta razón, y cuando me sienta frenética

por aprender, conquistaré á Marta con una taza de thé y vendrá á sentarse entre nosotros á guisa de pantalla.

Marta, la anciana ama de llaves, compartía los gustos de los demás moradores del castillo: una botella y un cacho de asado podían más en ella que el mejor thé de la China. Empero, como esta bebida la usaban entonces sólo las personas de rango, Marta no se sintió poco orgullosa de acompañarnos á tomarla, y, á condición de saturarla de azúcar, de servirle pastas y de prodigarle mimos, obteníamos, de cuando en cuando, el honor de su compañía.

Por lo demás, todos los criados evitaban el acercarse á la biblioteca, después de entrada la noche, porque se les había metido en la cabeza que de aquella parte del castillo se habían apoderado los espíritus, siendo de notar que los más cobardes de aquéllos habían observado sombras y notado ruidos cuando la casa entera estaba entregada al descanso. Los mismos jóvenes dueños no gustaban de entrar, á dicha hora y sin necesidad, en aquella temible estancia.

La biblioteca había sido, tiempo atrás, retiro favorito de Rashleigh, y una puerta secreta la ponía en comunicación con el cuarto separado que excojiera él para su uso; lo cual, lejos de calmar los terrores que inspiraba aquel antipático sitio, contribuía á agravarlos. Las noticias extensas que Rashleigh poseía acerca de los acontecimientos exteriores, la profundidad y variedad de sus conocimientos, y algunos experimentos de física que ensayara, constituían, para los ignorantes y fanáticos, excelentes motivos para conceptuarle dotado de sobrenatural poder. Sabía latín, griego y hebreo, y en consecuencia, según ingénuo frase de Wilfrid, «no tenía necesidad de horrores ante los aparecidos, ni ante el diablo ó los duendes.» Por fin, y ateniéndonos al cuchichear de la servidumbre, mantenía, en la biblioteca, sendas conversaciones mientras todo dormía á su alrededor, y se pasaba la noche acechando á los fantasmas, y la mañana en el lecho, en vez de concurrir á las cacerías como verdadero Osbaldistone.

Todos estos rumores absurdos habían llegado á mis oídos en

veladas alusiones ó en frases entrecortadas, sin dárseme tiempo para descifrar su sentido. Conforme se presumirá, habíame divertido con ellas; pero es lo cierto que, despreciándolas, el abandono á que se relegaba aquel salón, después de la hora de queda, era motivo de más para no penetrar en él no bien miss Vernon lo ocupaba.

Volviendo á lo que antes decía, no me sorprendió la luz que brillaba dentro de la biblioteca. Lo que sí me extrañó fué el ver distintamente pasar dos sombras entre la claridad y la más apartada de las ventanas, que quedó, por un momento, sumida en la oscuridad.

«Será, sin duda, la anciana Marta; — dije para mí.— Habrá subido para hacer compañía á Diana esta noche... O puede que he distinguido mal y la sombra de Diana me habrá producido el efecto de otra persona. Pero nó: allí están, delante de la segunda ventana... Si: ¡dos son!... Ya nada se vé... ¡Ah! Llegan á la tercera;... á la cuarta. Imposible dudar...: es una pareja que se pasea proyectando, de tiempo en tiempo, su sombra en los paramentos... ¿Quién puede estar con ella á estas horas?...»

Dos veces consecutivas prodújose igual fenómeno, como para convencerme plenamente de su realidad, después de lo cual se extinguieron las luces y volvió todo á la oscuridad completa.

Aunque careciera de importancia, preocupóme el incidente hasta el extremo de no poder sacudirlo de mi espíritu. No es que me permitiera suponer que miss Vernon debía de admitirme, sin participación ajena, en su amistad; pero es increíble la desazón que experimenté ante la idea de que la joven concedía á otros entrevistas particulares, á una hora y en un sitio en que, á duras penas y en interés de ella misma, le había hecho yo comprender que no era conveniente el recibirme.

«¡Tontuela!... ¡Loca incorregible! — pensé.— ¿A qué amonestarla?... ¿A qué reservas con ella?... ¡Trabajo perdido! Me he dejado seducir por sus modales ingénuos, de que se sirve á capricho, como lo haría con un sombrero de paja, si

estuviese en moda, sólo para llamar la atención... Decididamente y pese á la superioridad de su inteligencia, la sociedad de media docena de mozos, que supiesen tirar la barra, le fuera más grata que la de Ariosto en persona, si volviera á la vida.»

Lo que acrecia mi despecho era el recordar que habia escogido yo precisamente aquella noche para presentar á Diana mi traducción en verso de los primeros cantos de Ariosto; que la habia rogado invitase á Marta á la solemnidad, y que se habia negado á ello alegando lo que me pareció frívolo pretexto.



Mientras discurría acerca de tan doloroso particular, abrióse la portezuela del jardín y entró Andrés, seguido de su paisano el buhonero. Mi atención dirigióse á ellos.

Hallé en Patrick Macready á un escocés de cabeza oblonga, hombre inteligente y acostumbrado á la fatiga, gran propagador de noticias, tanto por gusto como por razón de su clase. Narróme, de un modo juicioso, lo que habia sucedido en la cámara de los comunes y en la de los lores, con motivo del

asunto Morris, el cual habia servido, al parecer, como de piedra de toque para conocer á fondo las tendencias políticas del parlamento. El ministerio, reducido al apoyo de una minoría, habia renunciado á sostener una acusación que comprometía á personas pudientes y de alto bordo, sin apoyarse más que en la fé de un testigo que, por otra parte, habia declarado de una manera tan confusa y contradictoria. Patrick facilitóme el ejemplar de cierto periódico, cuya circulación apenas si se extendía más allá de la capital y que contenía una seca análisis de los debates, entregándome, asimismo, copia del discurso del duque de Argyle impreso en hoja volante de la que habia Patrick comprado cierto número á los expendedores vocingleros, porque, según él, semejante artículo seria de éxito seguro en el norte del Tweed.

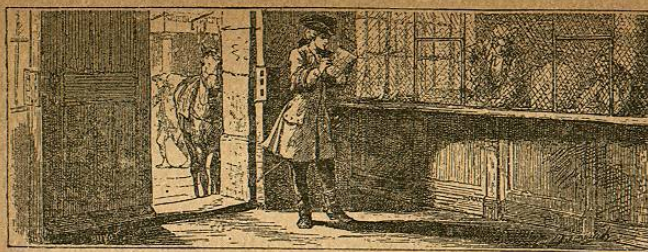


El periódico nada añadió á lo que me refiriera el mercader, y el discurso del gran señor, lleno de elocuencia y de fuego, consistía, sobre todo, en un panegirico de su país, de su familia y de su *clan*, seguido de sendos elogios, no menos sinceros, aunque más moderados, que, aprovechando la ocasión se tributaba el orador á sí propio.

Si mi reputación habia estado, en realidad, comprometida ó nó, cosa es que no pude averiguar, pero que se habia atacado el honor de la familia de mi tío era evidente. Morris habia declarado que Campbell, el más terrible de sus dos ladrones,

procuró, de acuerdo con el juez, la suelta de un señor Osbaldistone, cómplice á favor del cual testificara. Esta particularidad de la declaración de Morris se armonizaba con mis propias sospechas que recayeron en Campbell desde que le vi comparecer ante el juez Inglewood.

En resúmen: preocupado y muy perplejo por el sesgo que habia tomado la singular aventura, despedime de ambos escoceses, no sin comprar algunas bagatelas al buhonero, y retiréme á mi aposento, para reflexionar acerca de lo que me convenia gestionar para defenderme de tan públicos ataques.



## CAPÍTULO XV.

¿De dónde vienes? ¿Quién eres?

MILTON.

**M**i primera idea, después de pasarme la noche en ve'a meditando sobre las noticias recibidas, fué la de volver, á toda prisa, á Londres para que mi presencia hiciera cesar las calumnias. Mas, recordando el carácter de mi padre, inflexible en todo lo concerniente á la familia, dudé respecto á la adopción de dicho partido. Su dilatada experiencia dábele autoridad bastante para trazarme un plan de conducta, y sus relaciones con los whigs, entonces en predicamento, le proporcionaban crédito suficiente para lograr que fuese oída mi justificación. Al fin, conceptué más acertado escribir á mi padre, haciéndole una narración detallada de todo lo sucedido, y, en atención á lo difícil de las comunicaciones entre el castillo y la oficina de correos, situada á tres leguas de distancia, resolví trasladarme allá á caballo y ser yo mi propio mensajero.